

LOS POLÍMEROS URBANOS

PABLO CAPANNA

Fecha de recepción: 1/09/2025

Fecha de aceptación: 3/10/2025

El 21 de setiembre del 2012 una adolescente holandesa quiso invitar a su fiesta de cumpleaños a todos los amigos que se había hecho en Facebook. La invitación se disparó por la Red y al día siguiente unos 16.000 jóvenes llegados de toda Europa invadieron el barrio Haren de la pacífica Groninga. La policía tuvo que movilizar a quinientos agentes para contenerlos, pero no pudo evitar que causaran daños millonarios en los espacios públicos donde acamparon.

El cumpleaños de Merthe fue una de las primeras colisiones frontales entre el mundo virtual y el físico. Lo había provocado una red social que apenas ocho años antes aún no existía.

El choque siguiente no fue tan violento como ese, pero no dejó de complicarle la vida a unos cuantos. Ocurrió en julio 2016, el día que las ficciones del juego Pokémon Go invadieron la realidad, comenzaron a materializarse en los sitios que frecuentábamos y una multitud se lanzó a perseguirlos.¹

Desde aquellos días no tan remotos, el poder catalizador de las redes no hizo más que crecer. No se limitó a crear vínculos entre los individuos anulando la distancia que los separaba. También les impuso la necesidad de vivir permanentemente conectados. No tardó en intervenir en la vida política y desencadenó movilizaciones callejeras de una inédita magnitud.

La Red demostró ser el medio ideal para propagar cualquier tipo de rumor. Con una velocidad y un alcance muy superior a los del chisme verbal, el mensaje llegaba casi simultáneamente a una enorme cantidad de personas. Cada cual lo recibía de una fuente confiable, así fuese un pariente, amigo, vecino o colega, lo cual le hacía sentirse miembro de una élite con acceso a una *información confidencial* que los medios masivos ocultaban. En unas pocas horas un rumor alarmante o una consigna movilizadora podían inundar de gente las calles y las plazas. No siempre era una multitud enardecida con ánimo de levantar barricadas, pero el mero volumen físico con el que se manifestaba resultaba intimidatorio para cualquier autoridad.

Al comienzo de todo esto temíamos que los nuevos medios digitales fueran a inclinarnos por el encierro y el aislamiento. Por el contrario, resultaron tremendamente movilizados. No solo nos mantienen en permanente contacto visual o verbal: pueden armar unas cadenas que van creciendo a la manera de unos polímeros humanos que invaden y ocupan un considerable espacio. Estos enormes agregados

¹ SHOSHANA ZUBOFF, *The Age of Surveillance Capitalism*, Cap. 10, III, Public Affairs, New York, 2019.

sociales no tienen más organización que su conexión reticular; tan pronto pueden improvisar un liderazgo como licuarlo en unos instantes. Si antes habíamos temido caer en el más agudo individualismo, ahora vemos crecer un nuevo tipo de masificación volátil, que en cualquier momento pueden saltar del mundo virtual al físico.

Uno de los primeros casos en que las redes ganaron protagonismo político fue el de las protestas del año 2009 contra el régimen teocrático iraní. La convocatoria difundida por las redes movilizó a una gran cantidad de jóvenes, aunque tuvo escasos efectos políticos: se cree que hasta sirvió para identificar a quienes participaban y agudizar la represión. A pesar de eso, los optimistas no tardaron en proclamar que las redes eran las nuevas “armas de construcción masiva”. En un momento hubo quienes llegaron al extremo de postular a Twitter para el Premio Nobel de la Paz.²

Poco tiempo más tarde, el mundo islámico voló en pedazos en una “primavera árabe” (2010-2013), que una vez más se nos presentó como un triunfo de la democracia. Bien pronto el proceso se volvió incontrolable; al derrocamiento de las añejas dictaduras le siguieron unas cruentas e interminables guerras civiles, que se complicaron con la abierta intervención de las grandes potencias. En ese marco creció un inesperado monstruo, el ISIS, que precisamente encontró su arma más eficaz en las redes sociales. Gracias a las redes el ISIS pudo convertir la matanza en espectáculo; las redes también le fueron muy útiles para reclutar su arsenal de bombas humanas.

El movimiento de los Indignados (2011-2015) fue otro brote de anti-política incubado en las redes, que durante unos días inundó las calles de las grandes ciudades de España, pero logró apenas incidir en las siguientes elecciones.

En Estados Unidos, el movimiento *Occupy Wall Street* (2011) tuvo alcance nacional, pero no alcanzó a consolidarse y su fracaso favoreció indirectamente la llegada de Trump al poder.³

Las masivas movilizaciones que se produjeron en Chile durante el año 2019 consiguieron poner en marcha al menos una reforma constitucional, pero también acabaron diluyéndose. Las de Ecuador (2019) y Perú (2022) no aportaron grandes cambios y las de Cuba (2021) fueron y siguen siendo reprimidas. En Estados Unidos, movimientos tan legítimos y espontáneos como el *Black Lives Matter* o el *Me Too* acabaron manipulados por intereses ajenos a aquellos para quienes habían sido creados.

En todos esos procesos nunca faltó quien vaticinara que las redes estaban llamadas a mostrarnos el triunfo de la verdad sobre las mentiras del poder y echar las bases de una nueva democracia participativa. Los magros resultados obtenidos y la magnitud de los efectos no deseados no hicieron más que desmentir esa tesis. Los movimientos son amorfos, carecen de programas y organización y mueven más los sentimientos que las ideas.

Por el contrario, las redes y la manipulación de los *big data* que ellas generaban contribuyeron a desacreditar la democracia y encaramaron en el poder a los estrambóticos personajes que hoy conocemos. La última mutación de estos polímeros humanos mostró un carácter tan vandálico como grotesco: pudo verse en la toma del Capitolio de los Estados Unidos y en la del Palacio del Planalto en Brasilia. La imagen que mejor la sintetiza es la del chamán indio de apellido italiano y cuernos de plástico que arenga a una muchedumbre de personas que en ningún momento dejan de sacarse *selfies*.

² EVGENY MOROSOV, *The Net Delusion*, Public Affairs, New York, 2011.

³ El documental *The Antisocial Network. Memes to Mayhem* (Netflix, 2024) lo ilustra adecuadamente.

En un plazo sorprendentemente breve, las redes han pasado a ser el sistema nervioso de la sociedad: desde el momento en que migraron a la telefonía móvil no hicieron más que acentuar su presencia en nuestras vidas. Millones de personas hoy no podrían vivir sin Facebook, X o LinkedIn. Presidentes, reyes, papas, políticos, artistas y escritores dependen de las redes para comunicarse con sus audiencias. Las mentes enfermizas y perversas también han aprendido a usarlas para el delito, la difamación, el acoso y el ultraje.

Hace más de treinta años, cuando aún no existían las redes sociales, Baudrillard calificó de *obsceno* a ese “éxtasis de la comunicación” que entonces era apenas incipiente. Viniendo de un posmodernista, es difícil saber si eso era una condena, una ironía o un elogio, pero lo cierto es que anunció la llegada del *homo extaticus*, ese que no puede vivir desconectado y se mueve en varios planos al mismo tiempo. En un momento hubo quienes recomendaban que nos mantuviéramos en contacto con las redes durante conciertos y celebraciones religiosas para que los asistentes no solo participaran con sus sentidos, sino también para que pudieran compartir datos y opiniones. Pareciera que hasta actividades tan íntimas como orar o gozar de la música no toleraran ya la concentración ni la intimidad. Leer las opiniones de la crítica y conocer la trayectoria de los músicos mientras uno escucha un concierto no es algo que ayude a la experiencia estética: más bien favorece la dispersión.

* * *

La primera red que ofreció los servicios hoy considerados imprescindibles (perfil personal, grupos y foros) fue SixDegrees en 1997. Su nombre aludía al hecho de que nuestros vínculos personales se entretujan de tal modo con los de nuestros semejantes que con solo seis grados de “parentesco” nuestros vínculos llegan a todo el género humano.

La amplísima oferta de tecnología comunicacional de la que hoy disponemos ha cambiado nuestra forma de relacionarnos, pero sería erróneo decir que ella fue la causa de esos cambios. El desarrollo de nuevas tecnologías siempre responde a alguna demanda que ya está instalada en el imaginario social, aunque luego se convierten en una nueva necesidad. Internet nació entre los investigadores para intercambiar información profundizando unos vínculos ya establecidos y Facebook fue creada para que los nuevos estudiantes de Harvard encontraran pareja y se hicieran amigos. Desde entonces, la hiper-comunicación no dejó de hacerse cada vez más adictiva.

La necesidad de organizarse en forma de redes estaba instalada en el imaginario político antes de que los ingenieros electrónicos pensarán cómo satisfacerla. La idea había nacido en el seno de la *New Left* de los años sesenta, la izquierda contestataria que aspiraba a acabar con el verticalismo en la política. Pero quien la popularizó fue la *New Age*, un movimiento que es costumbre asociar más con el esoterismo que con la actividad política. Marilyn Ferguson (1938-2008), la más conocida ideóloga de la *New Age*, fue la primera que habló de la necesidad de organizar redes para crear una nueva cultura.

En su manifiesto *La conspiración de Acuario* (1980)⁴ Ferguson llamaba a crear un gran movimiento que sería tan espiritual como político. Se trataba de retomar los ideales de la generación hippie, combinando ideas teosóficas con sugerencias tomadas del campo científico. Tal como había hecho la Teosofía a comienzos del siglo XX, Marilyn Ferguson auspiciaba la síntesis entre Oriente y Occidente y el diálogo entre la

⁴ MARILYN FERGUSON, *La conspiración de Acuario*. Transformaciones personales y sociales en los 80, Kairós, Barcelona, 1985, Cap.VI.

espiritualidad y la ciencia. Su atractiva receta sedujo en su momento a celebridades como Ted Turner, Al Gore, Buckminster Fuller e Ilya Prigogine. Pero Ferguson se diferenciaba de los demás profetas de la *Nueva Era* porque insistía más sobre el componente científico que sobre el místico. No todo sería meditación, mandalas, estados alterados de conciencia y contactos extraterrestres. Había que hacer una revolución cultural y el mejor camino a seguir era crear *redes sociales*.

Las redes que imaginaba Marilyn no eran las que hoy conocemos, porque todavía no existía una tecnología que las sustentara. Lo más parecido a Facebook que entonces había eran BBS, AOL o Compuserve, que recién comenzaban a salir del mundo de los negocios.

Marilyn pensaba que las redes permitirían construir una novedosa organización social a la que definía como *no-lineal* y *simultánea*. Tan mesiánica como los transhumanistas de hoy, Marilyn se atrevía a afirmar que sus redes (hoy totalmente olvidadas) serían nada menos que *el instrumento que nos permitiría dar el paso siguiente en la evolución humana*.

Marilyn había descubierto la estructura de las redes en los trabajos de los antropólogos Luther Gerlach y Virginia Hine, que venían de estudiar los movimientos ecologistas. Ellos caracterizaban esa estructura como *segmentada, policéntrica e integrada* (SPIN, *Segmented, Polycentric, Integrated Network*).

Ferguson creía que las redes, caracterizadas por su horizontalidad y con liderazgos y estrategias flexibles, permitirían organizar y movilizar a todos los jóvenes que estuvieran dispuestos a luchar por la paz y la armonía con la naturaleza. Creía que estas redes ya se estaban construyendo no sólo sobre la base de los medios de comunicación tradicionales sino “también *usando guías y computadoras*”.

* * *

Es habitual que cuando una nueva tecnología comienza a arraigar en las costumbres despierte un injustificado optimismo, que no tardará en diluirse en cuanto lleguen las primeras decepciones. Eso ocurrió cuando Internet estaba dando sus primeros pasos y en ella se depositaban más expectativas de las que estaba en condiciones de satisfacer. Hubo muchos que la imaginaron como una utopía libertaria y otros tantos que soñaron con ser sus legisladores. El primero y más famoso de los manifiestos de Internet ya ostentaba un carácter marcadamente utópico.⁵ Ante el primer intento de controlar Internet que hizo el Estado, John Barlow salió a proclamar “la independencia del ciberespacio, la nueva patria de la Mente”. El ciberespacio debía ser un mundo virtual sin autoridades ni privilegios, donde en lugar de materia habría información y la única norma sería la ley del respeto mutuo.

Para no ser menos utópicos, otros aseguraban entonces que gracias a las redes la gente leería y escribiría cada vez más, y que el hipertexto democratizaría el acceso a la información. Recién cuando comenzó a imponerse la multitarea y empezamos a apreciar sus efectos negativos nos enteramos de que los gurúes de Silicon Valley educaban a sus hijos en escuelas Waldorf para que desarrollaran la atención antes de sumergirse en las redes.

Los manifiestos que posteriormente se dieron a conocer se fueron tornando cada vez más realistas, porque pronto hubo que lidiar con cosas como la pedofilia, el robo de identidad, las cadenas del odio, el *spyware* y el *ransomware*, que parecían estar reclamando control. La expectativa utópica que había despertado la Red resultó tan ingenua como aquella que había acompañado el advenimiento de la *New Age*. Así como

⁵ JOHN P. BARLOW, *A Declaration of Independence of Cyberspace*, 1996.

el sueño de la psicodelia desembocó en la pesadilla del narcotráfico, el sueño de la Red se llenó de cosas tan inimaginables como difíciles de controlar. Hoy los *big data* son una codiciada mercancía, las monedas virtuales mueven fortunas y las fuerzas armadas alistan ejércitos de hackers.

* * *

Aun en los grandes procesos de cambio tecnológico, el pasado siempre se resiste a desaparecer. Los primeros autos tenían ventanillas que tenían las mismas cortinas que las carrozas; el chófer ocupaba el asiento del cochero y en lugar de las riendas empuñaba el volante. Cuando los relojes se hicieron digitales, no pasó mucho tiempo hasta que volviesen a ponerles agujas, porque el público estaba acostumbrado a ellas. Nuestros procesadores de textos siguen teniendo *carpetas*, *archivos*, *papeleros*, *tijeras* y *pinceles*, igual que cuando todo se hacía de papel.

Eso es lo que ocurrió con Internet, que al comienzo imaginamos como un mundo de *contenidos* y tardamos en descubrir su importancia como *continente*. McLuhan nos había advertido de que el verdadero mensaje era el medio, pero tendíamos a imaginar que la Red sería una suerte de biblioteca borgeana: un océano de conocimientos donde nosotros saldríamos a pescar. No tardamos en darnos cuenta de que el papel que nos tocaría en ese océano no sería el de pescadores sino el de pescados.

Con su síntesis del hipertexto con el multimedia, la Red prometía ser el instrumento ideal para transmitir conocimiento. Por cierto, la gente pasaba más tiempo leyendo, pero su lectura era cada vez más superficial.⁶ Lo que nosotros llamábamos *navegar*, sus gestores lo llamaban *surfear*, como si reconocieran la superficialidad que lo caracteriza. El mariposeo temático que reina en las redes se parece más al *zapping* de la televisión que a una búsqueda metódica de conocimiento.

De hecho, lo que más buscaba la mayoría de la gente en la Red no era el saber, sino el reconocimiento personal. El *selfie* era el ícono de la nueva era. Cada vez nos hacíamos más exhibicionistas y deseábamos que todos nuestros actos quedaran registrados. Los delincuentes filmaban sus delitos y los publicaban para que todos pudieran verlos, aun corriendo el riesgo de que los viera la policía.

Cuando todo esto comenzó, no terminábamos de asombrarnos de ese ubicuo teléfono que nos permitía charlar con gente que vivía en las antípodas. Más tarde llegó el chat, que nos permitió elevar la frivolidad del corrillo barrial al nivel de una promiscuidad universal. Con el *smartphone* dimos un paso más, porque el celular dejó de ser un teléfono para volverse una puerta al mundo hiper-mediático, ahora llamado *metaverso*. Con él pasamos de los *hoaxes*, esas bromas inocuas que hacíamos circular por el correo, a las perversas *fake news*, que no solo engañan, sino que minan las bases de la credibilidad.

No era ninguna novedad saber que desde hacía mucho tiempo los servicios de inteligencia producían y difundían información falsa para confundir no solo al potencial enemigo sino a sus propios aliados. Puede que las primeras *fake news* modernas hayan sido esos falsos documentales y noticieros que Goebbels produjo para convencer a la opinión pública de que Polonia oprimía a los alemanes y que los agentes polacos estaban sabotando propiedades alemanas. Con esas falsedades mediáticas se justificó esa invasión que desataría la guerra mundial.

Las *fake news* de ahora modelan la opinión pública de manera mucho más efectiva que la publicidad comercial; quienes las difunden son operadores

⁶ NICHOLAS CARR, *The shallows. What the Internet is doing to Our Brains*, Norton, New York, 2010.

profesionales que despliegan todas las estrategias de la guerra psicológica. Ya no hay canales seguros ni fuentes identificables. Los espías conviven con los *bots* y con los *trolls* que diseminan mentiras. Las redes están llenas de falsas identidades y cualquiera puede comprarse falsos seguidores para gratificar su ego.

Nos hemos acostumbrado a hablar de *posverdad*, profundizando esa necrofilia posmoderna que anunció la muerte de casi todo, desde Dios y el Hombre hasta del cine y la novela. Con la posverdad regresa el autoritarismo, acompañado por el famoso “lo que digo tres veces es verdad” de Lewis Carroll. Las estrategias desinformativas son las nuevas armas de destrucción masiva; la prueba está en que las potencias les dedican cuantiosos presupuestos.

* * *

Cuando MacLean nos recordó que en nuestro cerebro seguían escondiéndose el reptil y el predador no convenció a los científicos; sin embargo, se diría que eso es lo que triunfa en las redes, donde la emoción se impone sobre la razón y la violencia inhibe cualquier brote de empatía.

Por cierto, la corrupción cognitiva y la violencia verbal no fueron creadas por las redes sociales ni los algoritmos de búsqueda. Son síntomas del nihilismo, que tras arrasar con la modernidad avanza hacia algo que ni siquiera entienden quienes lo promueven.

Los abusos del hipertexto y la multitarea nos están haciendo perder la capacidad de lectura profunda y reflexiva. Hemos dejado de cultivar el conocimiento para hacernos cazadores y recolectores de datos. Con la intención de tranquilizarnos, los teóricos nos aseguran que después de miles de años de escritura es poco probable que nuestra cultura regrese a la oralidad. Pero podemos imaginar una distopía donde solo la clase dirigente maneje símbolos, mientras que la masa se exprese mediante íconos, *emoticonos* y *selfies*.

El sentimiento que un poeta de antaño hubiera expresado con palabras como: “En lo más hondo de la congoja, sigo vislumbrando una luz de esperanza”, el progreso permite resumirlo en una carita con una lágrima solitaria. Pero, ¡cuidado! Dos lágrimas paralelas significan morirse de la risa, y puede ser enojoso disipar el malentendido.